

Antropología, poder y salud. *Cuadernos de Antropología Social* 17, Instituto de Antropología Social, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Argentina, Agosto 2003, 231 p.

El sugestivo volumen que se reseña está compuesto por nueve artículos y un apartado de información de la Sección de Antropología Social. Refiere un campo de trabajo antropológico no sólo destinado a la deliberación y creación académicas, sino a la acción propositiva frente a las realidades de injusticia social e incremento de sufrimiento humano en una multiplicidad de padecimientos tan evitables como inexcusables. El primer capítulo; “Unidas por la diferencia, divididas por la semejanza: la alegremente dolorosa posibilidad de la colaboración entre medicina y antropología”,<sup>1</sup> expone la forma en que la antropología médica, disciplina surgida en el siglo veinte, podría junto con las artes, humanidades y meta-ciencia, contribuir a combatir la deshumanización de la instrucción médica y práctica profesional. El punto de partida es la constatación de una divergencia entre el interés médico en la enfermedad (*disease*) biológica episódica y el acento antropológico en el padecimiento (*illness*) ejercitado culturalmente.

El trabajo explora esta discrepancia íntegramente, observando sus derivaciones tanto en el manejo de pacientes como en el procedimiento clínico. La observancia de ambas disciplinas es deseable y debe aspirar a un enfoque interdisciplinario; no mediante la disolución de cada disciplina, sino mediante la búsqueda de excelencia en cada campo, que registre en su visión los resultados teóricos y prácticos del otro. Se suele situar a la antropología médica entre lo biológico y lo social; entre lo sociológico y lo cultural. Sostiene el autor que cada uno de los enfoques “por irritantes, desafiantes o irrelevantes” (p. 15) que se perciban recíprocamente, resultan apreciables guías para el consuelo del infortunio humano: “El antropólogo encarna un saludable escepticismo basado en el reconocimiento de la diferencia dentro de la similitud de la persona cultural.

<sup>1</sup> Escrito en 2002 por Ronald Frankenberg, profesor emérito de la Universidad de Brunel y traducido por Susana Margulies y Alejandra Roca.

El clínico busca una similitud de causa biológica, incluso psicológica, dentro de la diversidad de respuestas individuales, histórica y culturalmente modeladas frente a las amenazas al bienestar físico corporal”(p. 15).

Los clínicos permanecen atentos en reunir pasado y presente de un enfermo para proponer un mejor devenir; los antropólogos persiguen sondear los procesos generales co-implicados en la producción social y cultural de tales resultados, acertados o no. Un rasgo medular del reduccionismo médico es la apreciación de la dolencia desde el sentido aristotélico convencional de una narración: un surtido de eventos lineales, conectados causalmente en hechos sin principio, medio y fin. El hallazgo de una causa única constituye un paso relevante, sea mediante la prevención o mediante la cura. Los factores socio-culturales pueden o no desempeñar un papel. El autor previene contra las conclusiones esquemáticas de los estudios de la cultura médica normativa. El acento clínico en la práctica, que demanda la explicación antes que la comprensión, y últimamente la observancia de conceptos matemáticos como riesgo y probabilidad, favorecen la orientación sintética. La búsqueda de comprensión por parte del antropólogo apunta a la personalización de las derivaciones con frecuencia arraigadas en la estructura cultural y en consecuencia a su complejización. Se propone en este artículo una “metodología de la indagación” que otorgando preponderancia al enfoque cualitativo, contempla el recurso antropológico de comparaciones en gran escala y el análisis cuantitativo cuando los problemas concretos justifican su empleo.

El propósito primordial de antropólogos y clínicos es revelar la naturaleza del padecimiento (*illness*). Los pasos posteriores son necesariamente diferenciados. El médico se verá obligado a traducir el padecimiento como enfermedad (*disease*) y el antropólogo como *sickness*. En síntesis, los médicos traducen las narrativas de los pacientes a otras narrativas afines a su entrenamiento. El antropólogo busca permanecer próximo a la narrativa del paciente para situarla en el interior del contexto cultural más vasto en que toma forma su experiencia corporizada (*embodied*). A médicos y antropólogos les concierne participar de la significación de la enfermedad para el propio paciente, pero la apreciación puede ser divergente e incluso incompatible.

El segundo artículo, “El sida y la violencia estructural: la culpabilización de la víctima” aportado por Arachu Castro y Paul Farmer<sup>2</sup> presenta una revisión crítica de las publicaciones importantes elaboradas por organismos inter-

<sup>2</sup> Profesores titulares de Antropología Médica en la Facultad de Medicina de Universidad de Harvard.

nacionales de salud y equipos de investigación, y apunta a demostrar cómo los discursos subyacentes en estas publicaciones tienden a reproducir el modo en que periódicamente se acusa de padecer VIH/Sida a las personas que lo portan. Estos documentos, señalan los autores, no contemplan que la mayoría de casos de VIH es fruto de una violencia estructural frente a la cual resulta imposible ejercer una mínima autonomía individual o colectiva. Abundantes políticas y recomendaciones sanitarias perpetúan una ideología que culpabiliza a la víctima, lo que coloca el motivo del sufrimiento y pobreza de los individuos que viven con VIH, en su propia deficiencia autonómica y no en un orden social e histórico coactivo. La violencia estructural es una violencia de intensidad constante que aparece bajo la forma de racismo, sexismo, violencia política pobreza y otras desigualdades. Mirada desde el exterior, esta violencia no se deja entender fácilmente por las distancias geográficas, origen social o cultura que separan a los individuos que padecen VIH. Además, el sufrimiento experimentado por las personas “sin voz” es difícil de percibir. Por último, la dinámica y distribución del sufrimiento son temas poco desarrollados y prácticamente desconocidos. Según Hérítier (1996) y Farmer (2003), para aspirar a la comprensión de estos fenómenos es preciso situar la existencia de quienes sufren en un contexto que colige cultura, historia y economía política.

El artículo revisa la forma en que ciertos documentos relevantes confeccionados por organismos internacionales de salud como la OMS, mantienen la noción de que el tratamiento antirretroviral es privilegio de quien lo pueda sufragar, mientras que la prevención es adecuada en todas partes. Estas instituciones, señala el documento, favorecen enfoques descontextualizados que proponen medidas excluyentes de toda huella histórica y particularidad cultural. El análisis del estigma en procesos de salud fue introducido por Goffman (1961, 1963), a partir de una investigación sociológica sobre clínicas psiquiátricas que lo define como: “la identificación que un grupo realiza de una persona o grupo, a partir de algún rasgo físico, comportamental o social que se percibe como desviado y de la descalificación que ello comporta en relación con la pertenencia del grupo” (p. 33). Las primeras publicaciones en revistas médicas sobre el tópico del estigma se difundieron en los sesenta del siglo veinte, especialmente referidas a la lepra. En el contexto de las ciencias sociales, Susan Sontag (1978) escribió un ensayo sobre el cáncer y la tuberculosis. La exposición de una colectividad a un padecimiento nuevo, como ocurrió en Haití con el Sida en los años ochenta, forjó nuevos modelos culturales sobre la causa o etiología de la enfermedad. El artículo analiza la capacidad de las mujeres pobres para realizar elecciones sobre sus vidas, mismas que son prácticamente

inexistentes. Aún los trabajos de investigación clínica y epidemiológica esquivan esta grave ceguera socio-política.

La prevención de la transmisión materno-infantil del VIH ocupa un lugar preponderante en el discurso sobre las prioridades internacionales relacionadas con el Sida, pero al proponer soluciones en países del tercer mundo emanadas de diagnósticos llevados a cabo en el primer mundo, la comunidad internacional reproduce la enorme brecha de desigualdad en el acceso a tratamiento entre países pobres y ricos. La aparición de los primeros resultados sobre los efectos de la nevirapina en la prevención de la transmisión materno-infantil del VIH en 1999, suscitó gran entusiasmo. Se la considera la opción para las mujeres embarazadas sin acceso a la atención prenatal y en contextos de alta incidencia de VIH. Pero el análisis del uso de la costo-efectividad de las intervenciones de salud en países pobres comporta ciertas dificultades, que dejan en el olvido otras intervenciones tal vez más costosas, pero que pueden salvar más vidas. Desde su aparición el Sida cargó con el estigma culpabilizador ya que la epidemia arraigó primeramente en la comunidad de homosexuales y heroinómanos. Hubo una ínfima solidaridad hacia las personas infectadas. No es casualidad que Haití, la nación más infortunada de América y una de las más pobres del mundo, sea la más afectada por la pandemia. Aún así el pensamiento instituido que sustenta la reproducción y perpetuación de las diferencias de clase, raza y género, redundante en la concepción de que las personas afectadas puedan decidir sobre su destino, no obstante su precariedad absoluta.

El tercer trabajo, titulado “Gobernar por los cuerpos, políticas de reconocimiento hacia los pobres y los inmigrantes en Francia” escrito por Didier Fassin,<sup>3</sup> explica cómo las ciencias sociales del siglo veinte se han afanado en comprender al cuerpo como una realidad social, producto de una construcción histórica y fruto de representaciones culturales. No obstante, poco han profundizado en los usos políticos del cuerpo. La contribución que se reseña examina la forma en que el cuerpo constituye un recurso para reivindicar derechos sociales, merced a su sufrimiento y enfermedad. Aporta una serie de ejemplos que procuran desentrañar la “economía moral de la ilegitimidad” y proponen a continuación una antropología política del cuerpo.

Hace más de medio siglo Marcel Mauss realizó las primeras propuestas para construir el cuerpo como objeto social. En las recientes décadas, bajo el ascendiente de Michel Foucault, se han multiplicado las investigaciones en la

<sup>3</sup> Director del Centre de Recherche sur les Enjeux Contemporains en Santé Publique, Université Paris 13.

dirección de captar el cuerpo como representación cultural. El cuerpo constituye el lugar donde el poder se expresa de manera más descarnada; el autor de este artículo se interesa especialmente en el modo en que el cuerpo es puesto en escena y en palabras por individuos que no poseen más verdad que hacerse valer en el mundo contemporáneo. Analiza testimonios directos a través de las cartas dirigidas a la Dirección de Asuntos Sanitarios y Sociales de París, a raíz de la puesta en práctica de un Fondo de Urgencia Social destinado a ofrecer respuesta política al “movimiento de desempleados y precarios”.

Las misivas elegidas poseen el tono de súplica en el cual la patología y el sufrimiento “se enredan en una argumentación patética” (p. 51) que escenifica la incorporación de la miseria. En ellas se revela el desabrigo e indefensión en los más internos pormenores de lo cotidiano. Es necesario implorar, comunicar a la administración que el cuerpo sufre para motivar su magnanimidad. Las cartas poseen la forma de biografías abreviadas que vinculan el cuerpo sufriente con una trama argumental que cimienta la legitimidad y credibilidad de la persona: una política en la que el cuerpo es el que otorga derecho. No es únicamente la imposición de un biopoder, en el sentido que lo comprende Foucault (1976) como disciplina individual y colectiva de las conductas; urge contemplar en aquellas demandas a las instituciones el ejercicio de una biolegitimidad, expresión que propone el autor para designar esta manera de reconocimiento social de la vida como “bien supremo”, citando una apelación de Hannah Arendt (1988): jugarse la vida, relatándola.

La biolegitimidad se encuentra también presente en los ámbitos internacionales donde la razón humanitaria la pone en práctica en todos los terrenos conflictivos. La exposición de sí mismo, exhibiendo una narración o un padecimiento físico, constituye “una figura contemporánea del gobierno de los dominados” (p. 53). La economía política de la desigualdad ha descubierto, desde hace un siglo y medio, cómo en las relaciones de producción, los sometidos emplean su cuerpo como fuerza de trabajo. El tema que se convoca ahora aspira a revelar una “economía moral de la ilegitimidad” (p. 54) en la cual sujetos a relaciones de poder, los dominados esgrimen su cuerpo como fuente de derechos. Esta cuestión incita a un análisis de esta forma particular de gobierno de los cuerpos, que es a la vez “un gobierno por los cuerpos”; cuerpo físico y psíquico al mismo tiempo. El cuerpo inmaterial que padece el sufrimiento psíquico ha adquirido una legitimidad progresiva en la gestión de las víctimas de los desórdenes sociales. El cuerpo aparece erigido mediante relatos autobiográficos o fragmentos narrativos en los que se coloca al medio de discursos encauzados a realzar la dimensión argumentativa.

Con el propósito de ilustrar los mecanismos de esta modalidad particular del gobierno de los cuerpos, el autor socializa los avances de dos investigaciones: la primera fincada en el análisis de trescientos expedientes de demandantes de ayuda de emergencia, y la segunda relativa al examen de cuarenta historias de extranjeros que suplicaron tarjetas de residencia para cuidados médicos. Al examinar las formas retóricas empleadas, se invocan, en síntesis, con mayor o menor presencia, cuatro tópicos primordiales de adversidad: la necesidad, la compasión, el mérito y la justicia. Existe un punto común a todas las demostraciones, más allá de la multiplicidad temática sobre la que se finca el desamparo: todas ellas persiguen construir en el marco de una retórica bien fundada y convincente, un lazo entre su situación social y las alteraciones de su cuerpo. Pero más que el cuerpo visible, se trata del cuerpo invisible; el de la experiencia del sufrimiento social: “Y más que el cuerpo mostrado, es el cuerpo contado en una historia de vida frecuentemente reducida a fragmentos biográficos; heridas íntimas, enfermedades latentes, dolores indecibles, violencias reprimidas...” (p. 63).

¿Qué hace el Estado con estos cuerpos expuestos a su generosidad?, ¿en qué consiste una política de la piedad? Son algunas de las preguntas que intenta responder el autor; es en los discursos de las víctimas donde es posible descubrir “este desnudamiento de sí exigido por la administración pública. Discurso obligado, discurso de obligado” (p. 63). Distinción entre justicia y piedad, entre piedad y compasión, banalización del sufrimiento, régimen de “confesión laica”, “policía del relato”, doble proceso de subjetivación y sujeción, constituyen algunos de los conceptos que integran este ámbito de conocimiento sobre los modos esenciales de la gobernabilidad contemporánea y producción de sujetos como realidad política. Plantea finalmente la cuestión de los preceptos morales del gobierno de estos “ilegítimos del mundo” y del tipo de ciudadanía que él origina.

La cuarta contribución; “Narrativas del cuerpo. Experiencia cotidiana y género en personas que viven con VIH” de Mabel Grinberg, debate resultados de una investigación etnográfica en curso sobre el problema de género en la experiencia diaria de vivir con VIH, concebida por la autora como “construcción que confronta metáforas sociales modeladas por el género”. Los copartícipes son pacientes de ambos sexos de condición ambulatoria en servicios de salud en Buenos Aires. Propone un “abordaje relacional de género” que articula dos categorías primordiales: construcción social y hegemonía. El estudio combina técnicas antropológicas de entrevistas en profundidad, observación participante y análisis de narrativas biográficas. Los resultados parciales revelan las

ingentes desigualdades de género en la apreciación del padecimiento, así como en la confrontación con “construcciones sociales generizadas”. El VIH constituye un conjunto versátil de padecimientos personales y colectivos; imbrica dimensiones biológicas, económicas, políticas y culturales. El sentido de cada historia debe contextualizarse en los modos, condiciones y trayectorias de vida de los sujetos e historias regionales.

Lo más relevante es que vivir con VIH simboliza una tensionante para el cuerpo como receptáculo existencial de la cultura y el individuo. La experiencia es abordada como un transcurso mudable y localizable en un tejido de correspondencias intersubjetivas, edificado y reformado histórica y socialmente y en una variedad de factores cognitivos, normativos, valorativos y emotivos:

Como unidad tensa entre acción y simbolización, la experiencia constituye la base de la construcción y el cambio de identificaciones y prácticas sociales, cuya comprensión requiere un contexto conceptual que articule las relaciones entre poder, cuerpo, género, sexualidad, emoción, reflexividad, en las distintas áreas de la vida cotidiana (p. 82).

La experiencia, siguiendo a la autora, congrega una construcción intersubjetiva activa, condicionada simultáneamente por procesos históricos estructurales.

La perspectiva de género por su parte también se auto percibe como construcción social e histórica de naturaleza relacional, establecida a partir de significaciones y representaciones culturales de las discrepancias físicas entre varones y mujeres. El interés del trabajo está centrado en ciertas peculiaridades narrativas y sentidos de género que cualifican de manera diferencial las experiencias. Las mujeres refieren un discurso preferentemente “descriptivo-emotivo”, mientras los varones elaboran un discurso pronunciadamente “informativo”. En síntesis, se sostiene en este artículo que las especificidades de género requieren de la identificación de problemáticas diversificadas para mujeres y varones, pues las cimentaciones de género asignan determinaciones diferenciales de vulnerabilidad, como derivación de las contingencias también desiguales en sus recursos de vida.

El quinto aporte, “Escenarios históricos, práctica profesional y poder: el caso de la odontología” de Marta Schapira,<sup>4</sup> analiza el proceso de afianzamiento profesional de la odontología en Argentina durante el periodo 1940-1950 desde una perspectiva hipotética sustentada en la sociología de las profesiones.

<sup>4</sup> Antropóloga y profesora adjunta de la Facultad de Odontología de la Universidad Nacional de Rosario, Argentina.

Su avance de investigación procura contribuir al debate sobre el porvenir de las oportunidades de incorporación en el mercado laboral, la delimitación de ámbitos de competencia, la estructuración de servicios sanitarios, y los mecanismos de regulación del mercado laboral, generando renovadas conexiones entre ciencias sociales y salud. Asigna la mayor relevancia a las relaciones de poder desde las que se examinan los “posicionamientos y demandas” del gremialismo odontológico en el contexto de las recientes proposiciones estatales del sector salud, las relaciones con las labores subalternas y la edificación de un nuevo perfil profesional que incluya el rol de la Universidad. El trabajo se nutre de investigaciones precursoras sobre el proceso de profesionalización de la odontología en Argentina, fundamentadas en artículos históricos y sociológicos sobre las profesiones, que ilustran aspectos poco desarrollados del proceso de salud-enfermedad-atención.

El sexto apartado de *Cuadernos*, “Redes alimentarias y nutrición infantil. Una reflexión acerca de la construcción de poder de las mujeres a través de las redes sociales y la protección nutricional de niños pequeños”, contribución de Nora L. Garrote,<sup>5</sup> propone repasar la cimentación de redes alimentarias como forma de vinculación social originada por mujeres hábiles de sustentar tácticas de resguardo nutricional para niños pequeños. La autora aspira a exponer mediante el análisis de procesos alimentarios, que la obtención de alimentos se efectúa mediante la donación en el interior de espacios familiares y extra familiares.

La comida constituye uno de los “ordenadores” (p. 119) más importantes de la experiencia humana y la objetivación más tangible de su existencia diaria. La problemática alimentaria implica procesos sociales amplios como producción, circulación, intercambio y consumo, pero a la vez contempla las condiciones de reproducción material de la vida de las poblaciones. La producción y/o adquisición alimentaria en el caso de poblaciones urbanas subalternas, como el caso que ocupa a la autora, había sido resuelto mayoritariamente a través del dinero. Pero en la última década del siglo veinte, la constricción del mercado laboral argentino y la precarización de la vida cotidiana urbana, han generado la aparición de nuevas formas tácticas de acceso al alimento, fundadas en la cimentación de redes sociales en el interior de espacios comunales.

<sup>5</sup> Antropóloga docente e investigadora adscrita a la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad Nacional de Rosario, Argentina.

El proceso alimentario incluye cuatro fases principales: la obtención de alimentos, la preparación, su distribución y su consumo. En este proceso se constituyen al menos cuatro roles: proveedor, dador, comensal e invitado; papeles que no son “posiciones” sino secuencias de acciones rutinarias o no, condicionadas por relaciones. La adquisición alimentaria consiste en proveer de herramientas a la unidad familiar no sólo para conseguir alimentos con dinero, sino para obtenerlos de otras maneras no mediadas por el mercado; fundamentalmente la producción doméstica y la donación. Dos subsistemas diferenciados: un subsistema de intercambio y un subsistema de donaciones.

En los relatos directos de mujeres de sectores populares, se ponen en evidencia los avances practicados más allá de los apoyos de ayuda informal o donación que pueden brindar las redes familiares. Se observa un ingreso al ámbito público mediante la tramitación y gestión de una diversidad de recursos de ayuda alimentaria formal, individuales y colectivos, en el interior de centros sanitarios, programas alimentarios e iglesias principalmente, “trasmutando normativas, códigos y prácticas establecidas desde los modelos patriarcales y posibilitando de este modo formas más efectivas de reproducir su existencia y la de su grupo familiar” (p. 133).

El séptimo capítulo “Cuerpo y medios de comunicación. Viejas obsesiones y nuevas tecnologías: el cuerpo en revistas femeninas argentinas”, escrito por Alejandra R. Roca<sup>6</sup> presenta un análisis de los sentidos referidos al cuerpo en revistas femeninas editadas en Buenos Aires. “Tributaria de una visión de mundo” (p. 139), la idea de cuerpo expresa una concepción sobre el proceso de individuación y también la concepción mecanicista subyacente que separa cuerpo y persona, proporcionando un modelo de “posesión” del cuerpo. Las vicisitudes económicas y sociales, su implicación en las relaciones personales y domésticas y los progresos en la tecnología médica, han descendido en un privilegio de la belleza corporal y negación del envejecimiento (cuerpo-proyecto) como aspectos de un sistema de valores. El “escencialismo y biologicismo” insinuados, ayudan a fortalecer una diferencia genéricamente fundada en estereotipos tradicionales.

La relevancia primordial que adquieren los medios de comunicación masiva en la construcción de representaciones sociales normatizadoras y estigmatizantes ha sido abundantemente recalcada desde la corriente feminista. Diversos autores atribuyen a los medios la metamorfosis de los estilos

<sup>6</sup> Antropóloga e investigadora adscrita a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

de vida. La autora evita referirse a “el” discurso de los medios ya que ellos difieren entre sí y no corresponde esquivar las contradicciones que emanan de un acercamiento más metódico de los mismos. Los trabajos de Bourdieu (1986) y especialmente en la noción de *habitus*, han expandido el interés antropológico sobre la condición de “producto social” del cuerpo, además de los enfoques semióticos donde éste se presenta como una “fuente de metáforas” (p. 142).

El trabajo de Alejandra Roca analiza preferentemente las dos revistas femeninas nacionales de mayor difusión en Argentina editadas entre 1999 y 2000. En el acopio de notas analizadas abundan imágenes y metáforas del cuerpo, próximas a la idea de que el cuerpo en la sociedad presente se piensa como una máquina de la que hay que obtener un rendimiento óptimo. Esta noción conduce a reforzar la importancia de comprender las modalidades de construcción social de los estereotipos tradicionales de roles de género. Evitando desde luego la homogeneización y el esencialismo. Los relatos de experiencias personales (p. 153); el testimonio, constituye uno de los procedimientos más usuales de transmisión de experiencia, pero también de patrones de comportamiento y normatividad. A través de los testimonios, los sujetos reflexionan sus propias prácticas. Pero la experiencia compone una elaboración colectiva de los acontecimientos, constituyendo la aportación que se implanta desde el sujeto en un determinado orden social.

La octava contribución, el capítulo de Miguel Alberto Bartolomé titulado “Los pobladores del ‘desierto’, genocidio, etnocidio y etnogénesis en la Argentina”, transcribe una relevante y bien documentada investigación que considera los sumarios genocidas y etnocidas consumados contra la población indígena de Argentina en etapas coloniales y republicanas de su historia, así como el etnocidio institucional perpetrado por el Estado. El mito nacional sobre el descomunal “desierto” ocupado por algunas bandas de cazadores bárbaros, ha sido honrado por la historiografía argentina.

El área que ocupaba Argentina al comenzar la conquista era notoriamente más exigua que la que ocupaban las naciones mesoamericanas y andinas; pero el área no estaba deshabitada; los cazadores necesitan espacios amplios para perpetuar entidades reducidas: “Tal vez no eran tantos, pero allí estaban”. Desde el albor colonial la disposición conquistada del Río de la Plata favoreció la actividad portuaria de intercambio con el Alto Perú, territorio que se explayaba hasta los vigentes límites con Chile y Bolivia. La categoría mercantil del puerto ascendió hasta instituirse como virreinato del Río de la Plata, sustentado en la boyante ganadería. Por 300 años de ordenanza española no se buscó ensanchar la ruta que los enlazaba con el Alto Perú, deponiendo como “tierra

de indios” las espaciosas comarcas acreditadas como Patagonia y Gran Chaco. Una economía basada en la acumulación y extracción no requería esas tierras.

La colonización asoló a los pueblos agricultores sedentarios y pastores de camélidos del actual noroeste argentino, influidos por la tradición andina. Se presume que para la revolución independentista de 1810 ya habían desaparecido en aquella región huarpes, onlongastas, comechingones, sanavirones, diaguitas, calchaquíes, pulares y tonocotés. Pero en el transcurso de los siglos XVII y XVIII, miles de mapuches de Chile, mal llamados araucanos por los españoles, se introdujeron en el territorio argentino huyendo de la guerra colonial y “araucanizando” gradualmente los bosques y planicies patagónicas primitivamente habitadas por lugareños pehuenches, tehuelches y pampas.

La presencia india obstruía la construcción moderna de un Estado nacional. La exigencia de tierras de los hacendados para acrecentar el ya copioso *stock* de granos y carnes para la exportación y la urgencia por dominar los contornos nominativos con las naciones contiguas, derivaron en que el nuevo Estado centralista asumiera el reto de usurpar y afianzar hacia fines del diecinueve, sus “fronteras interiores” eufemísticamente apeladas “el desierto”. Eran zonas enormes que subsistían bajo el control indígena desde la Colonia. Durante casi tres siglos cazadores patagones y chaquenses habían salvaguardado su independencia en una atmósfera de resistencia guerrera. Las incursiones bélicas indígenas o “guerra del malón” contra criollos fronterizos agravaron la beligerancia étnica justificando la guerra de aniquilación que la historia argentina llama “conquista del desierto”.

A partir de 1876 la hueste blindada por hacendados inició la ofensiva contra los “pampas” y araucanos de la Pampa y la Patagonia. Los cazadores fueron vencidos, sus poblados incendiados, mujeres y niños ejecutados; se acudió inclusive a la estratagema bacteriológica remitiendo cautivos contagiados a los caseríos menos dúctiles. De este trágico sumario se favoreció la hacienda agro exportadora nacional y británica, que agregó 30 millones de hectáreas a su comercio. Con la conquista de la Patagonia, se emprendieron las excursiones militares hacia el norte, tras el sometimiento terminante de los grupos chaqueños en una geografía de bosques, sabanas y caudalosos ríos. Hacia 1884 la expedición del general Victorica consiguió la consumación de la Conquista. Los antiguos cazadores se transformaron en peones rurales de empresas madereras y a la ocupación militar siguió la colonización civil. Es imposible valorar el impacto demográfico que produjo la invasión militar, son elevadísimas las cifras consignadas a raíz de los enfrentamientos sin pasar por alto los miles de muertos de hambre, sed y frío, consumidos por el éxodo y enfermedades transferidas.

Una vez perpetrada la ocupación de ambos desiertos y acorralados sus moradores en los confines fronterizos o transfigurados en obreros rurales, la empresa civilizatoria argentina precisaba poblar y dicho poblamiento debía efectuarse con blancos europeos. La mayor parte venía de Italia, España, Francia, Inglaterra, países eslavos y sirio-libaneses: se había alcanzado el ansiado designio de gozar una nación blanca. La disposición racista de la guerra de Conquista se transfirió a los inmigrantes europeos. En el presente los mapuche sobrevivientes viven arrinconados en malas tierras cedidas por el Estado, en inhóspitos parajes andinos o llanuras patagónicas. La cría de ovejas, inestable agricultura y cosecha exigua de los frutos de las araucarias, fuerzan la migración hacia las urbes. En las regiones andinas y subandinas del noroeste los sucesores de quechuas y aymaras subsisten de una agricultura minifundista de baja ganancia, que los orilla a la migración estacionaria a pesar de los potentes vínculos comunitarios.

Es un área de confusa definición étnica porque tanto pobladores hablantes como no hablantes de lenguas vernáculas poseen órdenes comunitarios y patrones culturales similares, con componentes andinos prehispánicos, vestigios coloniales y fisonomías contemporáneas. Para los no-indios, los indígenas son globalmente designados como “kollas”, apodo regional despreciativo reclamado en el presente como etnónimo emblemático por las corrientes etnopolíticas de las que se suponen herederos del collasuyo, prefectura imperial incaica del sur. La desertificación de vastas tierras, el avance de la economía de plantación, la explotación maderera y ganadera, han alterado substancialmente los ambientes chaquenses destruyendo para siempre la armonía con el medio natural que sustentaban los antiguos cazadores wichí, pilagás, chorotes, chulupés.

Hacia 1928 la cámara de diputados resolvió comenzar a estudiar “el problema indígena” que encarnaba una dificultad nacional ya que numerosos poblados se aglomeraban en áreas fronterizas relevantes para la seguridad nacional. Durante el siglo XX se zanjó una invisibilización de los indígenas junto a su despido hacia alejados confines del enorme país centrado en la ciudad-puerto de Buenos Aires. Extrañamente se los percibía como “negros” (cabecitas negras de acuerdo con la terminología racista) como si Argentina fuera un enclave inglés. Las desiguales relaciones interétnicas urbanas han sido estudiadas hasta tiempos recientes. El movimiento indio es coincidente con el resto de América Latina y se puede condensar en tres expresiones: tierra, cultura y reconocimiento político.

La noción de etnogénesis ha sido habitualmente esgrimida para designar la configuración de colectividades étnicas, fruto de migraciones, invasiones,

conquistas o fusiones. También para referir la implosión de comunidades que se distinguen a sí mismas étnicamente. En la literatura europea reinante se usa el vocablo para conceptualizar el apogeo de los nacionalismos en el interior de estados multiétnicos. El tema es antiguo para la reflexión antropológica. Antonio Pérez (2001) diferencia etnias reconstruidas, que extraviaron recientemente sus pilares identitarios, pero que conservan una unión territorial, parental o histórica y etnias resucitadas, cuyo vínculo con el pasado arranca de la memoria y de la literatura prevaleciente sobre el grupo. Bartolomé propone aplicar la noción únicamente a los procesos de actualización identitaria de grupos que se consideraban suprimidos y cuya incidencia coetánea constituye un nuevo fundamento para la meditación antropológica y para las estrategias públicas en contextos multiculturales.

También propone desigualar la etnogénesis de procesos de renacimiento étnico de grupos etnolingüísticos, auténticamente constituidos como entidades polisegmentarias carentes de formación política. Alude a fenómenos etnopolíticos que formulan la cimentación de sujetos colectivos identificados étnicamente, interpretados por grupos etnolingüísticos que alguna vez se congregaron tras propósitos compartidos. La sabiduría socio-organizativa tradicional de las sociedades chaquenses, asentada en la fusión de hordas cazadoras y recolectoras, no concertaba el surgimiento de filiaciones colectivas superiores que las creadas por conjuntos parentales desarrollados en un recinto geográfico. Tampoco los mapuche, cuya costumbre de linajes coligados en clanes territoriales ha sido parcialmente suplida por el avance de comunidades residenciales, detentaban una identidad colectiva más allá de mandos y nexos lingüísticos y culturales compartidos. Vale decir que las sociedades segmentarias evitan la formación de sistemas políticos generalizados

La identificación recíproca de poblaciones es efecto de una organización política aglutinadora. No existían en el pasado “naciones” tehuelche, toba, mapuche o guraní, sino grupos etnolingüísticos internamente diferenciados. Las etiquetas étnicas generalizadoras son asignaciones identitarias y no etnónimos propios. Las culturas reinantes lidian por integrarse como sujetos colectivos, para afrontarse con un Estado con mejores opciones políticas; se trata de la creación de un nuevo sujeto histórico, los “pueblos indios”, entendiéndose como naciones sin Estado.

Selk’nam y huarpes constituyen ejemplos de etnogénesis: hacia 1880 el número de los selknam de la Patagonia fue calculado por Martín Gusinde en aproximadamente 4 000 personas. Desde esa fecha se introdujeron en la zona “cazadores de indios” contratados por hacendados criollos y británicos que

apetecían ver sus recientes adjudicaciones despejadas de indios. Estos cazadores recibían honorarios en libras esterlinas por la exposición de testículos y senos de onas acribillados:

No quisiera profundizar en el recuerdo; banquetes ofrecidos a los indios que culminaban con descargas de fusilería, cacerías deportivas de hombres y mujeres en los bosques fueguinos, ballenas varadas envenenadas y a todo eso hay que agregar las plagas deliberadamente contagiadas (p. 177).

El ejército argentino no se mantuvo ajeno al brío civilizador: hacia 1918 quedaban 279 selknam y hacia 1973 Anne Chapman documentó la muerte de la última mujer de la tribu. En 1925, sobrevivientes habían negociado un pacto con el Estado obteniendo que les fueran concedidas 45 000 hectáreas de sus antiguas tierras. Pero como el mismo Estado los consideraba extinguidos en 1990 declaró que esas posesiones retornaran a pertenencia estatal. En el 2000 consiguieron recuperar 36 000 de nueva cuenta.

Por su parte los huarpes, agricultores sedentarios con influjos andinos que poblaban la región del Cuyo en los confines sureños del impero incaico, se decretaron extintos en el siglo XVII después de un motín en 1684. Se estima que en la provincia de Mendoza se localizan unos 200 individuos de esa procedencia en su mayoría urbanos que practicaban la lengua *milcayac*. Existen también otras 11 comunidades que se registran como huarpes y reclaman tenencia de tierras. Su “nueva ritualidad” consiste en fomentar la relación entre huarpes como “fragmentos de una vasija rota que debía reconstituirse”. La ceremonia de restauración comunitaria plantea justamente la edificación de una comunidad no residencial sino ideológica. La exposición pública de la identidad refrenda una perspectiva instrumentalista de la identidad. Los emblemas identitarios como ropas y artesanías son resignificados y pasan a atribuirse un valor simbólico ausente en su anterior uso cotidiano.

La imprevista etnogénesis como restablecimiento identitario ha incitado abundante disputa. Bartolomé propone apartarse de las usuales definiciones fundadas en las “comunidades imaginadas” de Benedict Anderson o la “invención de la tradición” acuñada por Hobsbawn. Se trata de un campo de manifestaciones sociales de descomunal relevancia antropológica. Los recientes asuntos de etnogénesis se abren a futuras pesquisas, que consideren la convivencia y la conversación proporcionada sin apriorismos. El devenir actual prefigura en Argentina un país culturalmente múltiple: debe forjarse en un nuevo tipo de comunidad estatal en la que los pueblos indios ejerzan el genuino derecho a la reproducción cultural y a la soberanía política: un estado justamente multiétnico.

La novena y última participación “De ‘misas’, ‘demandas’ y ‘asistencia’: procesos de apropiación local en la historia de un centro de apoyo escolar”, examina la historia de constitución de un centro de apoyo escolar que convoca a diversos agentes sociales: Iglesia, Estado y sociedad civil. Es un estudio de caso abocado a investigar el procesamiento de políticas sociales, producción de la desigualdad y constitución de sujetos en las definiciones contemporáneas de los ámbitos público y privado. El estudio se practica en la etapa inicial de fundación de un centro de apoyo, que se erige en una zona de bañados, en los lindes del río Reconquista, al final de la localidad donde pertenece. El rescate de la perspectiva y memoria de sus impulsores permitió acopiar referencias al pasado, actos de “nombrar” y “recordar”, mismos que se conciben como prácticas socialmente construidas. Se exploran los diferentes niveles de mediación en el contexto de relaciones sociales que se traman alrededor de las labores que promueve primordialmente la Iglesia católica. La finalidad es observar el conjunto de funciones de estructuración colectiva que se efectúa en torno a la instauración del apoyo escolar, distinguiendo principalmente la “apropiación de sentidos” por parte de las familias, en la experiencia misma de su coparticipación en estas tareas y considerando las condiciones de desigualdad en que se fundan.

El nexo entre pobreza y educación quedó marcado desde los inicios del sistema argentino de escolarización. El avance de investigación que se presenta, brinda los resultados preliminares surgidos de entrevistas en profundidad, que consignan las “voces” de los partícipes en esta historia particular:

Nuestro objetivo no ha sido categorizar/clasificar de uno u otro modo las acciones que allí tuvieron lugar, sino más bien poner al descubierto la construcción particular de sentidos de las acciones que así se definen a partir, fundamentalmente, de reconocer la especificidad histórica y contextual de esta experiencia local (p. 206).

*Rossana Cassigoli*

## REFERENCIAS

ARENDT, HANNAH

1988 *La question sociale. Essai sur la revolution*. Gallimard, París.

BOURDIEU, PIERRE

1986 Notas provisionales sobre la percepción social del cuerpo. *Materiales de sociología crítica*, La Piqueta, Madrid.

FARMER, PAUL

2003 *Pathologies of Power: Health, Human Rights, and the New War on the Poor.*  
University of California Press, Berkeley.

FOUCAULT, MICHEL

1976 *Droit de mort et pouvoir sur la vie. Histoire de la sexualité,* Gallimard,  
París.

GOFFMAN, ERVING

1961 *Asylums: Essays on the Social Situation of mental Patients and Others Inmates.*  
Anchor Books, Garden City, Nueva York.

GOFFMAN, ERVING

1963 *Stigma: Notes on the Management of Spoiled Identity.* Anchor Books, Garden  
City, Nueva York.

SONTAG, SUSAN

1978 *Illness as Metaphor.* Farrar, Straus and Giroux, Nueva York.